

JEAN-PAUL MARTHOZ

Medios y Derechos Humanos: Silencio ante lo esencial

Las últimas crisis en el escenario internacional, como la de Kosovo o Timor Oriental, han reabierto el debate sobre el papel que deben jugar los periodistas y los medios de comunicación a la hora de abordarlas. Frente a las tendencias predominantes, quizá ha llegado la hora de hacer un periodismo premonitorio, que no se deje llevar por las presiones del mercado y del día a día, y que aborde las noticias desde su origen, en su contexto y con un enfoque global, actuando como un vigía en el plano internacional.

La guerra de Kosovo y las matanzas en Timor Oriental han puesto de nuevo el papel de los medios de comunicación en el centro de la palestra. Pasado lo más álgido de la crisis, periodistas, analistas y diplomáticos continúan la batalla y se interrogan sobre la cobertura mediática. Si bien algunos se autoglorifican, otros no tienen bastantes adjetivos para subrayar las deficiencias de los medios informativos. La mayoría de las críticas se centra en la cobertura de la guerra: prohibido el acceso al territorio kosovar, los periodistas habrían sido incapaces de deslindar la política de propaganda de la OTAN y habrían difundido, sin la distancia crítica necesaria, las aseveraciones más imprudentes o infundadas de la organización atlántica.

En un informe publicado en septiembre, el Instituto Internacional de Prensa (IPI) hablaba de “la política agresiva de información de la OTAN”, acusada de repartir “rumores, mentiras e informaciones incorrectas”, y añadía claramente en dirección a los periodistas: “Estos informes falsos recibieron una cobertura extensiva en los medios y contribuyeron a reforzar la unidad de la Alianza de 19 miembros en momentos críticos”.¹

Es indispensable un *post-mortem* sin concesiones de la actuación de la prensa. Sin embargo, urge ir más allá de esta revisión de los medios en tiempos de

Jean-Paul Marthoz es director europeo de información de Human Rights Watch, y autor del libro *Et Maintenant le Monde en Bref. Politique étrangère, journalisme global et libérés*, GRIP, Bruselas

¹ IPI, *The Kosovo News and Propaganda War*, Viena, septiembre de 1999

guerra, mas allá de la crítica del periodismo de “fusión” de ciertos corresponsales diplomáticos con sus Gobiernos y de ciertos enviados especiales con una opinión pública emocionada. Importa cuestionar el momento de la intervención periodística y revisar la práctica del *too little, too late* que hace que los medios, tan ansiosos de ser los primeros en la noticia, lleguen muchas veces a convertirse en los últimos de la fila de la historia.

Víctima constante de los ciclos noticiosos, pasando de la negligencia a la febrilidad y saturación informativas, la mayor parte de la prensa llega a los conflictos como los bomberos o las ambulancias. En muchos escenarios, el periodismo cada vez más está en el punto último de la cadena noticiosa. Repercute declaraciones e informes e, hipotecando su capacidad autónoma de indagar e investigar, debilita a la vez su posibilidad de saber y comentar.

La falta de preparación y anticipación tiene consecuencias serias: agrava el sentimiento de incompreensión y de impotencia entre el público, como si el mundo no tuviera sentido y la vida internacional fuera una sucesión de crisis desechables e intercambiables —hoy Timor, mañana Chechenia— ; acrecienta la vulnerabilidad de los periodistas y sobre todo de los generalistas frente a las políticas de desinformación y, sobre todo, obstaculiza una toma de conciencia temprana de la gravedad de una crisis al no dar cobertura sostenida a las premisas de un conflicto.

En los últimos años —marcados por la limpieza étnica en la ex Yugoslavia, el genocidio en Ruanda y violencias sin nombre en Sierra Leona, Liberia y Timor Oriental— periodistas, organizaciones no gubernamentales, organismos de Naciones Unidas, el Consejo de Europa y la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa se han dedicado a luchar en el terreno de los medios, a combatir los medios del odio que tantos estragos han causado en esta orgía criminal de fin de siglo, a fomentar un periodismo “incluyente” y tolerante en países divididos por tensiones étnicas o religiosas, y a apoyar medios independientes en países todavía sometidos a la arbitrariedad de Gobiernos autoritarios.

Después de este periodismo preventivo, que supone programas comunitarios y experimentos cívicos con la prensa local, ha llegado la hora del periodismo premonitorio, que concierne sobre todo a la prensa internacional y especialmente a la de aquellos países que se han dado el mandato y tienen los medios para la intervención militar-humanitaria. Esta propuesta camina a contratiempo de otro periodismo llevado, por las presiones del mercado y de la tecnología, a privilegiar el directo y la noticia inmediata. De hecho, el periodismo premonitorio requiere otra manera de cubrir las noticias, de darles espacio y tiempo: quiebra los ciclos de noticias, invierte las jerarquías convencionales de las informaciones y reporta desde países donde no pasa nada. Su propósito es ser un vigía, jugar en el terreno de la política internacional el papel del canario en las minas de carbón del siglo pasado: cuando se dormía el pájaro, señalaba el peligro invisible y sin olor de la presencia de gas explosivo.

Humanitarios y diplomáticos

El género del periodismo premonitorio cierra el ciclo del periodismo humanitario, que tanto ha marcado la cobertura internacional de las últimas tres déca-

das. El periodismo humanitario salvó decenas de miles de vidas y merece, como el personal de las agencias humanitarias, que su papel sea reconocido. Sin embargo, la sucesión de reportajes dramáticos sobre masacres y desastres, el desfile inexorable delante de las cámaras de víctimas anónimas y de masas desamparadas, han tenido consecuencias sobre la percepción del mundo en las opiniones públicas. “En cierto modo —escribe el autor canadiense Michael Ignatieff— la televisión ha contribuido a derribar las barreras de ciudadanía, religión, raza y geografía, que antes dividían nuestro espacio moral entre los seres bajo nuestra responsabilidad y los que estaban mas allá de nuestro mundo. La televisión nos convierte en *voyeurs* del sufrimiento de los otros, turistas en sus panoramas de angustia. Nos pone frente a frente con su situación, mientras oscurece las distancias —sociales, económicas, morales— que nos separan”.

Practicado en el mundo de la televisión, marcado por la audiencia —con su necesidad de testimonios desgarradores e imágenes dramáticas—, promovido también por organizaciones determinadas, en nombre de la urgencia de emocionar a la opinión pública para provocar su generosidad, el periodismo humanitario difiere fundamentalmente del periodismo premonitorio. Aparece cuando la crisis ha llegado a su punto más violento, cuando los campos se han transformado en mataderos.

Contrasta agudamente, así, con el periodismo derecho-humanista que precedió, acompañó y a veces se confundió con determinados movimientos en las décadas anteriores. Cubriendo las batallas de la libertad, como la resistencia *antiapartheid* en Suráfrica o la lucha antidictatorial en América Latina, humanizaba a las víctimas porque éstas tenían cara y nombre y eran héroes positivos, individualizados, militantes políticos o periodistas independientes. Por su lado, el periodismo humanitario, inmerso en batallas étnico-nacionalistas confusas, ha deshumanizado involuntariamente a las víctimas, filmadas “a granel” como seres pasivos y casi intercambiables. Como seres sospechosos también, como en el caso de los hutus ruandeses, de haber sido en un cierto momento culpables. En este contexto, el héroe no es el “nativo”, sino el “sinfronterista”.

El periodismo premonitorio limita la soberbia del periodismo diplomático. El tema de los derechos humanos ya no es algo marginal, limitado a acciones discretas de la “diplomacia tranquila” o a fechas simbólicas de la ONU, sino uno de los ingredientes centrales de la alquimia política internacional. En el periodismo de los años setenta, los derechos humanos no cabían dentro del universo convencional de los Metternich de la pluma. Gracias al trabajo de los Sakharov y Pérez Esquivel, gracias a la doctrina de los derechos humanos inaugurada por Jimmy Carter en 1977, la democracia y los derechos humanos ya no sólo son mencionados en discursos de fin de banquete, sino que están inscritos como elementos esenciales en acuerdos de cooperación internacional. Se infiltran en los debates de la Organización Mundial del Comercio, sirven para justificar intervenciones humanitarias y logran, aparentemente, un apoyo mayoritario de las opiniones públicas occidentales. Los derechos humanos ya forman parte de la compleja ecuación del poder.

*El periodismo
premonitorio
limita la
soberbia del
periodismo
diplomático*

Convergencia

Esta evolución, incipiente en círculos periodísticos, coincide con la preocupación de las organizaciones de derechos humanos, en el sentido de dar un contexto a las crisis para emitir un diagnóstico que no sólo pueda curar, sino también ayudar a prevenir estos hechos en otras fechas u otros lugares. Las guerras que han asolado decenas de países en la última década no han nacido de la nada. Han tenido un largo tiempo de incubación. No han nacido tampoco como resultado de la fatalidad o de odios ancestrales. “La violencia comunitaria muchas veces está considerada como el producto de odios profundamente arraigados o de viejas animosidades”, notaba Human Rights Watch en su estudio sobre los orígenes políticos de diez conflictos recientes. “Ocasionalmente, esta visión está promovida por periodistas que carecen del tiempo o de la inclinación para buscar causas más complejas. Los Gobiernos que presiden en esta violencia comunitaria pueden promover también esta visión: si las viejas animosidades se consideran la causa, la violencia comunal tiene la apariencia de un fenómeno natural que los de afuera no tienen el derecho de condenar, ni la esperanza de prevenir. Algunos miembros de la comunidad internacional han conspirado en esta opinión, porque la inacción frente a la violencia comunitaria se excusa más fácilmente si se pretende que la fuente de esta violencia no puede controlarse”. Las investigaciones de Human Rights Watch demuestran que tensiones comunitarias no son *per se* la causa inmediata de muchos conflictos violentos y persistentes. La causa directa de la violencia comunitaria es la explotación gubernamental de las diferencias comunitarias.²

Muchos periodistas de medios de calidad han tratado de buscar la explicación detrás de la noticia, se han esforzado por comprender para hacer comprender. Han cubierto hechos antes de que llegaran a ser noticias, han anticipado crisis y advertido a las opiniones públicas. Sin embargo, los que han seguido los dramas de los últimos años confiesan su perplejidad y su sentimiento de inutilidad. Muchos enviados especiales en Bosnia, Chechenia o África Central tienen la impresión desesperante de que han cubierto un sinnúmero de horrores sin resultado alguno sobre el desarrollo de los acontecimientos. “¿Todavía molestamos?”, se preguntaba el reportero Laurent Van der Stock. “Llegamos a Sarajevo acogidos como salvadores. Tres meses más tarde, los habitantes se habían dado cuenta que no habíamos provocado nada”.³

Después del genocidio de Ruanda y las guerras de limpieza étnica en Bosnia, las organizaciones de derechos humanos vienen abogando por una reacción mucho más firme y rápida de la comunidad internacional para prevenir la comisión de crímenes contra la humanidad. Piden pasar de la intervención posmasacre, típica de las operaciones humanitarias, a la intervención preventiva, un acto más político, que implica decisiones muy graves de apreciación del riesgo de la injerencia o de la pasividad.

² David Rieff, *The Slautherhouse, Bosnia and the failure of the West*, Simon&Schuster, Nueva York, 1995

³ *Liberation*, 13 de octubre de 1999

Detrás de estas llamadas las ONG admiten amargamente su fracaso —a pesar del “efecto CNN”, supuestamente capaz de forzar a los Gobiernos a intervenir bajo la presión de las imágenes sobre la opinión pública— en sus intentos de movilizar a los líderes del mundo democrático cuando les parecía posible y menos costoso parar un crimen o un conflicto que intervenir después. Argumentaban que, en los meses que precedieron al genocidio en Ruanda, pero también cada día que pasó después del estallido de la campaña de exterminio contra los tutsis, habría sido posible detener a las bandas asesinas. De la misma manera, pensaban, una política de firmeza clara hacia Milosevic en Bosnia-Herzegovina habría hecho innecesaria una intervención militar en Kosovo.

Río arriba

“El gran público y una parte considerable de los periodistas han descubierto a Timor Oriental en septiembre de 1999”, exclamaba Paul Moreira, director de encuestas de Canal+. “Sin embargo, Indonesia había comenzado la exterminación en diciembre de 1975. Si uno cuenta bien, suma 24 años de silencio desde la invasión del territorio; un silencio de 200.000 muertos, uno de cada tres habitantes liquidado en un desinterés mediático indolente.”⁴

Esta observación tiene al menos dos corolarios: primero, la intervención informativa tiene que ir “río arriba”, para revelar los preparativos y las premisas de un drama, tiene que llegar mucho más temprano, antes de que los gurus del odio hayan conquistado los balcones y los paramilitares adquirido sus armas. Segundo, los periodistas deben replantear su papel. Pueden limitarse a observar la realidad como lo requieren los criterios clásicos de la cobertura noticiosa, u optar por forjar la realidad, hacer campaña, hablar e insistir cuando la crisis no está de actualidad, cuando no ha contribuido con bastante furor y sangre a atraer a los camarógrafos.

Mientras la Guerra del Golfo inspiró reflexiones sobre el seguidismo de la mayoría de la prensa con relación a los servicios de propaganda del Pentágono, las crisis de Bosnia, Ruanda, Kosovo y Timor Oriental llevan a reflexiones de otra índole. Piden cambios aún más esenciales que la distancia frente a los poderes, exigen cambios en la manera de concebir el papel del periodismo y de fijar prioridades editoriales. Denuncian el seguidismo con relación a las reglas clásicas del periodismo de actualidad, con relación también a un periodismo de mercado que decreta que ciertos temas aburren al público.

Este planteamiento desemboca, inevitablemente, en una reformulación del debate sobre la neutralidad y el compromiso, sobre la legitimidad de pasar de una descripción factual y analítica de los acontecimientos a una posición de defensa de un campo —el de las víctimas o de los menos culpables— y de una política de intervención. David Rieff lo planteó sin rodeos en su libro *El Matadero* sobre el asedio a Sarajevo: “Porque lo que estaba ocurriendo era un genocidio, la mayoría de los periodistas vino a simpatizar con la causa bosnia, exactamente de la misma manera, esperamos, que si representantes de la prensa internacional hubieran estado en el ghetto de Varsovia en 1943, habrían simpatizado con los judíos”.

⁴ Isabelle Vichniac, “Des clivages significatifs entre Européens et Américains”, *Le Monde*, 5 de noviembre de 1999

Para el periodismo, es el momento de reivindicar tiempo y recursos para ganar su independencia

Instrumentalización

A pesar de todo, la convergencia entre el humanitarismo y la intervención militar ha cambiado los términos de la ecuación. Todo cambia cuando la acción humanitaria no significa únicamente el “sinfronterismo” de la asistencia médica, sino la decisión de enviar tropas, a veces sin mandato de la ONU, para sancionar al bando que se juzga responsable de la tragedia. En Sarajevo en 1993, en Ruanda en 1994, los periodistas más comprometidos y las organizaciones de derechos humanos no pedían solo el envío de médicos sino de soldados, no pedían sólo el acceso humanitario a las víctimas sino la neutralización de sus torturadores.

Este debate sería más sereno si la cuestión de los derechos humanos no hubiera sido instrumentalizada por las grandes potencias, si la propaganda no hubiera jugado baratamente con conceptos tan graves como genocidio o limpieza étnica. Las intervenciones contra Saddam Hussein y Slobodan Milosevic han enseñado los peligros de la instrumentalización de los derechos humanos por Gobiernos democráticos. El uso de exageraciones y mentiras contra un adversario con el cual, unos meses antes, era aparentemente legítimo negociar o comerciar, abarata el valor y la fuerza de las propias denuncias. Además se corre el riesgo de perder la confianza de un público del que los Gobiernos esperan un día la indiferencia y otro día la militancia.

De la misma manera los periodistas, engañados por las mentiras de la Guerra del Golfo, despistados por el falso caso de Timisoara en Rumania, irritados por las *bavures médiatiques* de la OTAN, como titulaba uno de sus informes Reporteros Sin Fronteras, pueden caer en la tentación de no creer a nadie —no sólo a los Gobiernos sino a las organizaciones de derechos humanos más serias— cuando denuncian violaciones de derechos humanos en países donde se percibe que estos Gobiernos tienen intereses vitales y han escogido su estrategia y designado a los buenos y a los malos. Un primer síntoma de este “síndrome de Timisoara” se verificó con las denuncias de masacres masivas en el este de Zaire/Congo en 1997, cuando muchos periodistas acogieron con cautela los informes independientemente de su origen.

Aunque durante la guerra de Kosovo y las matanzas en Timor Oriental imperó todavía el miedo de subestimar o ignorar un genocidio —lo que podría llamarse el “síndrome de Srebrenica”—, y aunque la falta de informaciones y de imágenes, paradójicamente, favoreció la dramatización de la crisis, el proceso es irreversible y el temor al engaño, inevitable.

El tango de la prensa y las ONG

Estos hechos tienen serias consecuencias para las organizaciones de derechos humanos. Implican una delimitación estricta de su área y la de los Gobiernos. Requieren un rechazo de políticas de comunicación que dramatizan y “contaminan” las noticias y una relación con los periodistas basada en la voluntad y el interés comunes de promover un periodismo autónomo.

Para el periodismo, es el momento de reivindicar tiempo y recursos para ganar su independencia, no sólo en el comentario de los acontecimientos sino en

la revelación de los hechos. Es el momento de acordarse del viejo periodismo, de Albert Londres revelando en los años veinte la miseria en el presidio de Cayenne o de Seymour Hersh investigando la masacre de My Lai en Vietnam. Es el momento de nadar contracorriente y elegir el riesgo de aburrir y disgustar. “Ninguna muchedumbre quiere la verdad cuando ésta choca con sus ilusiones vitales”, decía André Malraux. Es el tiempo de redescubrir, en la época del periodismo de grupo, la valentía y la verdad de la soledad.